

(SEGUIR) PENSANDO CON KANT



Kant y sus convidados (1893), de Emil Dörstling

La figura de Immanuel Kant se alza como una luminaria indiscutible de la historia de la filosofía y de toda la modernidad, tanto por la síntesis y superación que supuso respecto a las discusiones anteriores en torno a la certeza y el conocimiento, como por la nueva era que marcó para el desarrollo posterior de la filosofía: su crítica a la metafísica como ciencia especulativa desde su indagación trascendental de la condición de posibilidad de toda ciencia, junto a su radical fundamentación de la autonomía moral permiten aunar el espíritu de la ciencia moderna con la apuesta emancipadora por la libertad y la dimensión moral esencial del ser humano. De otro lado, el conjunto de toda su obra alcanzó una gran madurez y coherencia, no sin fisuras y aporías, y constituyó desde su primera recepción un acicate ineludible para la tarea del pensar. Tanto la tercera *Crítica* y su obra sobre la religión, como un número no menor de escritos breves sobre filosofía de la historia, en el que se planteaba la cuestión del progreso de la humanidad frente al problema del mal, irán enriqueciendo, no sin cuestionamientos muy perspicaces, el inicial sistema dual kantiano del mundo de la naturaleza (donde rige la necesidad) y el mundo moral (donde rige la libertad). La historia aparecerá como ese lugar empírico que no podrá ser reducido a mero fenómeno natural, pero que, de otro lado, no puede asumirse como una realización de las ideas morales, y mucho menos como el mejor de los mundos posibles. Estas cuestiones de índole práctica no dejarán de resonar en los fondos más sutiles de la metafísica y en definitiva de la teodicea, y pueden propiciar y redefinir la pregunta más básica e inicial por el conocimiento: no sólo qué podemos conocer, sino por qué y para qué conocemos, parece que podría ser la pregunta que late en muchos textos que sondean la necesidad de plantear el problema de la teleología en la historia y en la acción humana, elemento excluido en la inicial teoría kantiana del conocimiento que aspira a ser científico y se quiere curar de todo desbarre de la razón. Una guía reveladora de ese Kant en su periodo de madurez será sobre todo su profunda indagación de la capacidad de juzgar y su decidida apertura a cuestiones en principio desterradas de su empresa trascendental, como son el sentimiento y el gusto.

La recepción histórica del legado kantiano dio a luz, entre otras cosas, al fecundo periodo del Idealismo alemán, que se remite al filósofo de Königsberg pero con afán de completarlo y resolver las fisuras que había dejado planteadas su sistema; quiso pensar desde Kant, más allá de él, y propició un talante finalmente distante de la prudencia y el sentido de finitud que la razón kantiana se autoimpuso para no caer en el dogmatismo. Los diversos neokantismos desde finales del XIX recurrirán a Kant, enfatizando sobre todo sus contribuciones epistemológicas, para afianzar un modo seguro y no reduccionista de asumir el conocimiento de la ciencia frente al positivismo, aunque también apelearán a los ideales cosmopolitas y al espíritu moderado a la vez que radical de la filosofía

moral kantiana. A lo largo del siglo XX, desde la fenomenología al último pensamiento francés, Kant ha pasado a ser un interlocutor libre de escuelas, un referente ya clásico y siempre sugerente para seguir pensando con y desde él, y también más allá de él.

Los artículos reunidos en este número representan algunos casos de recepciones e investigaciones muy recientes de la obra kantiana, y también de su ininterrumpido diálogo con importantes autores contemporáneos. El número se abre con una revisión de las raíces kantianas del cosmopolitismo en el sociólogo británico David Held (1951-2019), en sus principios de autonomía y subsidiariedad. El ideal cosmopolita no es para Kant algo conseguido sino un *desideratum* moral que ha de esperarse acaso en el progreso de la historia humana. Los dos siguientes artículos abordan precisamente el tema del progreso en la concepción kantiana de la historia. El segundo habla del progreso como una idea regulativa, no constitutiva, planteando Kant el requisito de que el progreso técnico se acompañe del progreso moral, cosa que no suele ocurrir, y llevándole a una profundización radical de su idea de la historia y el mal en el escrito sobre la religión. El tercer artículo incide también en este tema, apelando a la gran iluminación que sobre estos planteamientos arrojarán algunos conceptos de la *Crítica del Juicio*, especialmente la idea de juicio reflexionante, que permitirá recuperar una teleología de la historia mucho más sutil y libre de falsas ingenuidades racionalistas. El tema de la historia en Kant nos descubre así en su madurez un horizonte metafísico, moral e incluso teológico de primer orden, que no deja de tener gran vigencia. Los textos que cierran la sección de artículos y de estudios abordan precisamente el diálogo de la filosofía crítica con el problema de la teodicea y de la justificación de Dios ante el mal en la historia, desde la tesis leibniziana del mejor de los mundos posibles, y estableciendo una comparación con las respuestas a esta cuestión de Hegel y con nuestro presente, mostrándose la actualidad que las propuestas kantianas aún mantienen para un diálogo abierto.

El primer estudio y los artículos 4º, 5º y 6º inciden en temas más clásicos del criticismo, pero no de menor relevancia para la discusión actual de la misma posibilidad de la filosofía. El cuarto artículo trata el problema del ateísmo y la noción de «creencia doctrinal» en la *Crítica de la razón pura*, y el quinto precisamente nos expone la posibilidad de una metafísica crítica a partir de Kant, que implique tanto lo experiencial como la dimensión práctica. El primer estudio nos presenta un completo análisis de la constitución subjetiva-objetiva de la estructura de la objetividad, que no deja de confirmar la sutileza y profundidad de la gnoseología kantiana. El sexto artículo nos recuerda el enriquecimiento de la teoría kantiana del juicio que trajo la *Crítica del Juicio*. En este sentido el quinto estudio expone la personal lectura de Hannah Arendt de la tercera *Crítica* y de su apropiación del sentido común deducido de los juicios estéticos para una nueva y actual forma de entender la política como encuentro en comunidad. Los estudios 2º, 3º y 4º dan muestra del diálogo de pensadores contemporáneos con Kant. Así, el segundo aborda el tema del empirismo trascendental en Deleuze, el tercero desarrolla el tema de la experiencia de la libertad en Jean-Luc Nancy, tratando el cuarto de una crítica de la noción de «donación sin fenómenos» en Juan-Luc Marion. En este último caso, la referencia a Kant queda ya muy mediada desde la fenomenología hermenéutica. Como recuerdo de otros interesantes lectores de Kant en el pasado, en este caso fundido con un platonismo romántico, el sexto estudio trata sobre el pensamiento del poeta Coleridge y su valoración de la prosa.

Kant sigue siendo un interlocutor vivo para nuestro presente filosófico, acaso como lo era en esas tertulias sin término que él mismo organizaba en su casa, y que el cuadro de cabecera nos recuerda. Y es que posiblemente la filosofía, antes que nada, sea una invitación a la conversación desde la prudencia de la escucha, que nunca está reñida con la agudeza y el desvelo de la crítica.

Ricardo PINILLA BURGOS
Director de PENSAMIENTO